

MARTÍNEZ RUS, Ana (2003): *La política del libro durante la Segunda República. Socialización de la lectura*, Trea, Gijón.

Desde un punto excéntrico en relación a los habituales centros editoriales del país –Gijón–, la editorial Trea viene completando en los últimos años una colección de textos académicos sobresalientes. En su catálogo (www.trea.es) figuran dos líneas fundamentales: por un lado, textos técnicos sobre biblioteconomía, archivística y documentación; por otro, Trea ha dedicado sus esfuerzos a difundir en España los logros ya consumados de la Historia de la Lectura, traduciendo clásicos que aún no habían aparecido en español (*Historia y poderes de lo escrito*, de Henri-Jean Martin) o editando los trabajos de especialistas españoles como Antonio Castillo Gómez (*Historia de la cultura escrita; La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*) y el grupo de investigadores de la Universidad de Alcalá de Henares que trabajan bajo su dirección. Una de sus últimas aportaciones es el trabajo de Ana Martínez Rus, *La política del libro durante la Segunda República. Socialización de la lectura*.

¿Cómo y en qué medida influyó el régimen democrático de la Segunda República en el mundo del libro? Una sola pregunta para toda una respuesta, la que realiza Ana Martínez Rus con soltura y exactitud en más de quinientas páginas. Tinta vivaz y rigurosa, en suma, que reconstruye la República incomparable, sin parangón, tan preocupada por las cuestiones culturales, tan denodadamente interesada en extender la instrucción y la cultura a todos los ciudadanos del país, que no en vano la llamaron la República de profesores e intelectuales.

Pero éste sólo es el pretexto, el punto de partida, de la obra que pone a disposición del lector Ana Martínez Rus (Madrid, 1971; doctora en Historia por la Universidad Complutense de Madrid; especializada en la historia de la edición, del libro y de la lectura). *La política del libro durante la Segunda República* es su primera obra individual, completamente suya, un espléndido esfuerzo de recopilación documental que ha alumbrado un trabajo tan sugerente como ameno y novedoso.

La autora se propone verificar, analizar y cuantificar la política cultural de la República a través de la circulación del libro en la sociedad. Y lo hace con acierto al abordar su doble vertiente económica y cultural, de mercancía por un lado y de instrumento básico de educación, cultura y socialización política, por otro. Fruto de una minuciosa e inteligente tarea de investigación bibliográfica, archivística y documental, la obra deja al desnudo el conjunto de acciones oficiales y particulares desarrolladas para la difusión del libro en la sociedad española de la época. Su análisis, además, no se queda en las iniciativas estatales de promoción de la lectura pública, sino que abarca también las estrategias de editores y libreros en la producción, distribución y venta del libro. Así lo expresa la propia autora:

El régimen de libertades y el sistema democrático de la Segunda República facilitaron la divulgación del libro y la promoción de la lectura pública en la sociedad española, con la publicación de todo tipo de obras y el establecimiento de bibliotecas públicas abiertas a todos los ciudadanos. Además, el ambiente institucional proclive al libro y a la extensión de la cultura impulsó a editoriales y librerías a desarrollar actividades como las ferias del libro y el camión librería que acercaron las obras a los compradores.

Ana Martínez Rus reúne abundante información y establece, con la seguridad y el respaldo que otorgan los datos, algunas tesis que aspiran a renovar visiones muy arraigadas de la política cultural durante la República. Por ello, lo que realmente engrandece a esta obra, y lo que realmente la convierte en un estudio de consulta obligada, es su detallado análisis sobre la recepción y la repercusión de esta novedosa política cultural. Tal y como atestigua su autora, “no basta con la creación de bibliotecas o con la celebración de ferias para difundir el libro, hace falta que el lector y el comprador acudan a la cita”. Su lectura, por tanto, es aconsejable para quienes se interesan por la historia de la lectura pero desde la perspectiva de la recepción, del lector-consumidor de libros, y para los estudiosos de la realidad socio-cultural de la España republicana.

El marco cronológico y espacial de la obra está bien definido. Muchos han sido los estudios realizados sobre la dinámica política de la Segunda República, ocupándose de los partidos, las elecciones, la Constitución o los dirigentes más destacados. En todos o en casi todos, se ha vinculado en exceso el período republicano con la guerra civil, como si la República dependiera y preludiara indefectiblemente el conflicto bélico, y se han obviado realizaciones y experiencias muy valiosas, como la socialización del libro y de la lectura que tan acertadamente aborda ahora Ana Martínez Rus.

La investigación, por otra parte, se apropia de una metodología multidisciplinar que aúna la historia política e institucional con la historia social de la lectura a partir de las formas de circulación de lo impreso. No se trata tanto de un análisis institucional de la lectura como de estudiar la proyección social y su recepción. Trasciende el ámbito legislativo, descriptivo y formal para adentrarse en una historia cultural que habla de consumidores y lectores, de experiencias y prácticas de lectura. No se agota, por tanto, en las disposiciones oficiales ni en los debates corporativos de los profesionales, sino que se proyecta metodológicamente en la historia sociocultural. Se trata, en definitiva, de mediar, cuantificar y valorar cualitativamente el fenómeno lector republicano, en sus prácticas, en la circulación de libros y en la consideración social del libro mismo, así como en aquellos espacios donde se desarrolló su lectura y su compra, las bibliotecas y las calles. Con palabras más acertadas, no obstante, lo dice Ana Martínez Rus:

El mayor logro fue la generalización del concepto de la biblioteca pública y gratuita para todos los ciudadanos como un derecho más, propio de un régimen democrático. Así se superó el concepto paternalista de biblioteca popular destinada exclusivamente a las clases trabajadoras con carácter regenerador.

Así pues, la autora se aproxima a cuestiones metodológicas y a instrumentos de análisis de la historia de la lectura y de la edición, a la hora de estudiar las estrategias de editores y libreros, así como las experiencias de los lectores. Este enfoque pertenece a la nueva historia sociocultural que se ha abierto paso tras la crisis de los paradigmas dominantes como el marxismo, el estructuralismo o el funcionalismo. Al ocuparse de la socialización cultural del libro durante la República, Ana Martínez Rus realiza una aportación decisiva, puesto que en España la historia de la edición y de la lectura permanecen aún en pañales; hasta

ahora las contribuciones habían sido dispersas, parciales, y se habían hecho desde múltiples disciplinas.

Fiel a esa exigencia metodológica, el libro se estructura en seis apartados interrelacionados, donde se analiza la política del libro durante los años treinta. En primer lugar, aborda la política bibliotecaria oficial y la promoción de la lectura pública, analizando la situación que se encuentra la República en materia bibliotecaria y el cambio que imprimió a las bibliotecas públicas.

La vida de las bibliotecas públicas se vio afectada por los conflictos ideológicos y socioeconómicos de los pueblos. La biblioteca se convirtió en un arma de revancha política entre las derechas y las izquierdas. En general, los municipios republicanos y socialistas defendieron y apoyaron las bibliotecas, mientras que los ayuntamientos gobernados por las derechas tendieron a limitar su acción, ya que se opusieron a ellas como a otros derechos laborales y sociales que implantó la República.

A continuación se acerca al mundo editorial y librero para analizar las características de los negocios, así como de las relaciones profesionales existentes entre estos dos gremios protagonistas de la producción y difusión del libro. Un capítulo muy interesante es el referido a las estrategias de las editoriales en la exportación del libro a los mercados americanos. Por último, desgana las iniciativas desarrolladas por los profesionales que contribuyeron a la socialización del libro, como las ferias madrileñas, las exposiciones temáticas y los camiones-librería de la Agrupación de Editores, sin olvidar la reacción del público en consonancia con los nuevos derechos adquiridos.

Asimismo, la investigación se nutre de diferentes fuentes de información y, a pesar del vacío documental existente sobre el período republicano, por las vicisitudes de la guerra y la depuración franquista posterior, Ana Martínez Rus ofrece en su obra datos inéditos sobre la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros, las compras públicas de libros, las bibliotecas de Misiones Pedagógicas y las municipales, o las condiciones en que se realizaba el comercio librero con América.

La obra también se hace eco en sus páginas de una manida máxima (“Más vale una imagen que mil palabras”) e incluye un amplio y esclarecedor álbum de fotografías, formado por 48 instantáneas de la época que recogen la presencia del libro en la calle, así como diferentes prácticas lectoras. Las imágenes proceden del fondo del Ministerio de Cultura, de la sección de Prensa Gráfica Nacional y del Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares. Captan, en resumen, distintos momentos de las ferias del libro de Madrid desde 1933 hasta 1936, del camión librería de la Agrupación de Editores Españoles en 1935 y de la venta callejera en diferentes ciudades españolas, y acercan al lector a las salas de lectura de las bibliotecas públicas, a sus usuarios e instalaciones.

En definitiva, un libro de consulta obligada para los estudiosos de la historia de la lectura y de la política cultural de la República por la oportunidad de conocer documentadamente ciertas cuestiones hasta ahora inéditas y por el caudal de información que atesora.

A modo de digresión, baste apuntar que, en la actualidad, Ana Martínez Rus ha dado un paso decisivo en su andadura como investigadora, puesto que se halla enfrascada en desenrañar la política del libro durante el franquismo. En su caso, si continúa por la misma senda que en este libro, invalidará el dicho de que las segundas partes nunca fueron buenas./

FRANCISCO BAENA SÁNCHEZ.

GARCÍA GUTIÉRREZ, Antonio (2004): *Otra memoria es posible. Estrategias descolonizadoras del archivo mundial*. Universidad de Sevilla, La Crujía Ediciones, Buenos Aires:, 208 p.

Antonio García Gutiérrez, Catedrático de Periodismo de la Universidad de Sevilla, es, en la actualidad, uno de los más destacados expertos en la investigación y experimentación de los procedimientos documentales de análisis, representación y lenguajes documentales.

Otra memoria es posible: estrategias descolonizadoras del archivo mundial, es una obra, dentro del campo de la Documentación, extraordinariamente innovadora en la que se exponen argumentos -sólidamente justificados- que derriban de un solo golpe demoledor las teorías documentales más tradicionales y tradicionalistas que nos anclan al pasado. El autor se adentra en un amplio análisis sobre la construcción de la memoria histórica, cuestionando las aparentemente sólidas estructuras mentales de quienes hemos sido educados en un ambiente de corte ilustrado, positivista y dogmáticamente democrático, que nos lleva a tener una visión encorsetada -políticamente dirigida- de los acontecimientos que registramos como fuentes de referencia histórica.

Escrita desde una óptica socio-filosófica-documental, la lectura de esta obra no deja indiferente al lector, quien, a medida que se adentra en sus páginas, se hace cómplice del autor, sintiendo la necesidad de partir de cero en los estudios de la exmemoria quizás en un inconsciente afán de buscar nuevos caminos que nos hagan ser menos neutrales, o menos "dirigidos" por los poderes fácticos, a la hora de edificar nuestra historia. El autor en las páginas de su libro propugna que la objetividad -casi autómatas- del mediador de la memoria, que siempre se ha defendido a ultranza desde el ámbito de la Documentación, debe dejar también su espacio vital a la subjetividad, al posicionamiento moral del documentalista en el registro de la memoria.

Libro revolucionario en cuanto al estudio de la memoria colectiva, en él se defiende, en un discurso bien trabado en sus pilares y fundamentado en una vasta bibliografía, un nuevo itinerario que permita el desbloqueo y avance de la investigación en el terreno documental de la representación y organización del conocimiento, algo cada vez más urgente dadas las nuevas necesidades de la sociedad de la información.

La obra prologada por Gonzalo Abril, Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, está dividida en seis capítulos, todos ellos unidos por el hilo conductor del análisis